

## ¿Hijos de Dios o del azar?

Meditación sobre la fe y la increencia en tiempos de postmodernidad



**Andrea Bocelli**  
Músico y compositor

El fuego no genera la vida, más bien la destruye; ni esta puede florecer en el rigor de una helada cercana al cero absoluto. Fuego y hielo: he aquí el escenario que está en el origen del universo en el que, como por arte de magia, apareció la vida. ¿Qué papel puede haber jugado el azar en este misterioso acontecimiento?

El azar lo puede todo en el ámbito de los grandes números, pero no puede nada frente a la potencia de lo imposible: la combinación más improbable de números, o de letras, siempre puede darse, pero necesita de números o de letras. En definitiva, se deben dar las condiciones indispensables, de otro modo la combinación sigue siendo un concepto abstracto.

En el origen del universo, fuego y hielo se presentan como elementos que hacen indiscutiblemente absurda toda posibilidad de nacimiento y de desarrollo de cualquier forma de vida.

Por otro lado, cinco o seis leves campanadas a intervalos regulares son suficientes para convencernos de la presencia de un reloj, o por lo menos de un mecanismo creado por el ingenio del hombre con el fin de medir con exactitud el tiempo. En cada bloque de blanco mármol se esconde una multitud de cuerpos inanimados, dispuestos a ofrecerse a la luz del sol y al juicio de los hombres; una cantidad infinita de ideas en la prisión de la materia espera ser liberada por los trazos expertos y precisos del cincel de un artista inspirado. Cada bloque esconde una *Piedad*, pero sólo el genio de Miguel Ángel ha regalado una a la humanidad.

¿Quién estaría dispuesto a creer en la genialidad del azar frente a una obra como aquella?

¿Quién, si no un loco, estaría dispuesto a atribuir a los designios extravagantes del azar la edificación de una espléndida basílica, de un suntuoso palacio, o más simplemente de una



pobre casucha de campo? Aún así, hay hombres que no dudan en atribuir al azar la menos casual, la más singular y divina de las arquitecturas, la más manifiesta de las voluntades inteligentes y maravillosamente inteligibles, que, no sin razón, llamamos «creación».

Espíritus evolucionados, mentes brillantes, que desesperadamente rechazan la evidencia de la pobreza intelectual del hombre y confían al azar todo aquello que por medio de la razón no logran entender ni explicar, salvo creer ciegamente que ni siquiera el azar pueda haber generado una criatura humana en el vientre materno, sin el acto, tan necesario cuanto indispensable, de la concepción. Un ateo siempre prefiere reírse de quien tiene la fe, más que confutar un dogma a través de un concepto, aquel que hacen servir para explicar la razón primera de todo lo que existe.

¡Cuánta orgullosa bobería, cuánta penosa ostentación serpentean entre los hombres, especialmente cuando ellos se aventuran a tientas en el campo de la fe!

Como fundamento de todo razonamiento sobre esto, se presenta una elección muy simple: una encrucijada, un *aut aut* inevitable, frente al cual el pensamiento debe absolutamente decidir qué dirección tomar: o va para el azar, o va hacia Dios.

Si opta por el azar, entonces todo lo que tenga alguna relación con las razones del culto se convierte sin duda en inútil, o incluso en ridículo; y tan sólo hablar de ello, un desperdicio imperdonable de tiempo precioso. Hay personas muy instruidas, personas que ocupan cargos de gran responsabilidad, racionales y, normalmente, incluso loablemente dispuestos a dudar de sus propias opiniones, que sin embargo no dudan, cada vez que tienen ocasión, de reír, o tronar, sin freno, contra los dogmas de la fe, como aquel, por ejemplo, de la «Santa e Inmaculada Concepción».

Afectan y desconciertan el tono estentóreo y la arrogancia con las que ellos disertan contra el sacramento de la confesión: «Así», dicen, «un hombre con varias graduaciones, con una experiencia de vida sin igual, recto y capaz, a lo mejor incluso carismático, tendría que ir a arrodillarse a los pies de un cura rural, medio analfabeto, engreído y lúbrico hasta provocar disgusto, y comenzar a relatarle sus cosas, y a arrepentirse, con actos de sumisión...»

¿No existen acaso reglas que descienden directamente del derecho natural, que imponen a los hombres el respeto absoluto e incondicional de los padres, incluidos también los peores: ineptos, borrachos, violentos, o de cualquier forma limitados como puedan ser?

Y el buen Dios ¿no podría tener razones incomprensibles para el hombre, para pedir a sus hijos la humildad intelectual de arrodillarse frente a una autoridad que Él mismo ha instituido?

Quien opta por el azar como solución de todos los problemas, incluso los existenciales, acaba por reconocer en el azar aquel Dios de quien todo depende; mientras, a menudo, en los tribunales de todo el mundo se niega credibilidad

«Quien realmente busca a Dios por el camino del corazón, que es el único viable, infaliblemente lo encuentra»

«Quien deifica el azar no se queda sin un Dios: tan solo se conforma con una divinidad que se divierte jugando a los dados»

y se condenan aquellos que, desesperadamente, se han esforzado por demostrar la pura y simple fatalidad de hechos probablemente casuales y solo vagamente, o incluso muy poco probablemente, reconducibles a la voluntad del hombre.

Saben algo de esto los muchos inocentes que languidecen en las cárceles de todo el mundo, víctimas desamparadas e ignaras de extrañas coincidencias en las que los jueces no han querido reconocer la acción del azar...

Pero este aparente triunfo de la razón determina la muerte del espíritu: el hombre que eleva el azar hasta el altar de Dios se parece a quien prefiere moverse en la oscuridad, más que en la luz cálida y reconfortante de un sol surgido en el signo del león. La luz de su inteligencia le será una ayuda parecida a la de una cerilla encendida en la oscuridad de una noche de tormenta.

¿Cómo puede esperar el hombre comprender a Dios por medio de sus facultades intelectuales? No hay espacio suficiente en la mente del hombre para almacenar aquella infinidad de elementos que el acceso a un grado de conocimiento como este implicaría.

Por otro lado, quien deifica el azar no se queda sin un Dios: tan sólo se conforma con una divinidad que se divierte jugando a los dados y a quien nada puede pedirse, ni reprocharse; mientras quien busca a Dios, quien realmente lo busca, por el camino del corazón, que es el único viable, el único que lleva hasta la meta, infaliblemente lo encuentra; derrota la desesperación y se acompaña con la esperanza, como primero y precioso don de Dios a los limpios de corazón, a los sencillos, a los pobres en el espíritu, que, por supuesto, no son los necios, los ineptos, los incapaces, más bien los sabios: es decir, aquellos que se dejan vencer por la fascinación de lo creado, del encanto de la naturaleza y la respetan; a lo mejor la estudian, profundizan su conocimiento, para encontrar en ella las razones más profundas del amor hacia Aquel que todo lo ha concebido así.

Pero la búsqueda de la verdad es un camino concéntrico, que no admite atajos, que impone método, paciencia, perseverancia y firme voluntad de acercarse a la meta. A la verdad se tiende cuando se espera estar más cerca de ella mañana que hoy y esto es lo que se desea ardientemente. Por otro lado es un camino este que lleva a la verdad, que no exige ninguna forma particular de inteligencia superior: la inteligencia humana es el ojo que observa el camino ya recorrido, los problemas de esta vida, las cosas terrenas, en los espacios reservados al conocimiento; la inteligencia mira hacia atrás, pero no tiene lentes para mirar hacia delante.

Los puros de corazón, los pobres en el espíritu, los sencillos, los humildes... son estos los hombres que avanzan, como instintivamente, hacia la verdad que los atrae, como un poderoso imán atrae el hierro.

Todos los demás, hechizados por los señuelos del mundo, sacrifican, empedernidos, al amor, al dolor, a las pasiones que agitan dramáticamente las circunstancias de la vida, aquello que al contrario deberían donar a Aquel que solo resume razonablemente en sí mismo los atributos divinos de eterno e infinito. Eterno e infinito, justamente; o a lo mejor ¿alguien quiere refutar la



eternidad del tiempo y la infinitud del espacio, imaginando una campana que sancione el final de los tiempos y una pared gigantesca los límites del universo? Incluso nuestra pobre mente, que naufraga en este mar, que poco o nada sabe de él, comprende que este mar existe y que nosotros somos parte de él.

Si esto es verdad: ¿qué valor puede tener el dolor de un instante, de una hora, de un año, respecto a la felicidad para siempre? O al contrario, ¿la alegría, el placer de un momento, en comparación al tormento de una eternidad?

Menos, creo yo, mucho menos del que un chico le pueda atribuir al más crudo de los castigos, o al más deseado de los juguetes. Sin embargo, el hombre a menudo se pregunta el porqué de las desgracias, de las enfermedades,

# Atrio de los Gentiles

de la vejez con sus tribulaciones, de las muertes precoces y de todos los sufrimientos de este mundo... Justo como un niño se pregunta el porqué de tantos deberes, de tantas imposiciones por parte de sus padres, de tantos severos castigos, todas ellas cosas de las que solo mucho más adelante entenderá el significado y el valor. Un día, incluso llegará a añorar aquellos tiempos, aquellos padres, aquellos maestros tan inflexibles, sonriendo tiernamente por aquellos disgustos de nada, que tanto contribuyeron a la formación de su personalidad...

La lógica de Dios es incomprendible para el hombre. Tanto, que le parece, en ciertos casos, enemiga. Y ¿cómo podría no serlo? Entonces, quizás no haría falta esta vida, como para el niño no le haría falta la escuela, la familia; como para el atleta no le haría falta el gimnasio, ni para el enfermo el hospital....

El hombre que espera en un Dios misericordioso, como el buen estudiante, sabe que no existe ningún premio sin compromiso, sin sacrificio, sin tribulación y empieza en seguida a dar lo mejor de sí, cueste lo que cueste, para ganarse la gracia de Aquel que representa el único camino de salvación, la única vía de escape de los horrores y de las engañosas seducciones de este mundo.

Quien pone su fe en el azar, consciente de su ineluctable carrera hacia el fin de sus días sobre esta tierra, difícilmente sabrá resistir la tentación de hacer todo aquello que sea ventajoso para él mismo, indiferente al riesgo de provocar dolor y desesperación en su prójimo; y al riesgo más terrible, de encontrarse, antes o después, cara a cara con Aquel que dispensa el castigo o la vida eterna. Pero las ventajas serán el placer ilusorio de un momento, después la ansiedad, la insatisfacción, la turbación nuevamente volverán a la carga y así inexorablemente hasta la última hora. Hora terrible, hora de turbación, sin consuelo.

He aquí que la vía de la fe se presenta al hombre como una apuesta irrefutablemente ventajosa, muy parecida a la del estudiante diligente, que escuchando atentamente la voz, a veces incómoda, de su propia conciencia, decide comprometerse con todas sus fuerzas, aceptando de buena gana el sacrificio, las pruebas, la comparación con sus compañeros, la fatiga de los exámenes, la severidad de los profesores y todo aquello que una buena escuela implica, con la esperanza de merecer, al final, una vida rica de honestas satisfacciones, la estima de sus conocidos, de los compañeros de trabajo, de los superiores...

La fe se presenta, por tanto, como una apuesta extraordinariamente ventajosa: si se gana, se gana todo; si se pierde, no se pierde nada, nada que valga la pena salvar. Se juega, de hecho, pagando con un dinero que podríamos considerar ya casi fuera de curso legal y la inversión puede generar como premio un tesoro de valor incalculable.

En este sentido, parece inadecuado el viejo refrán «intentarlo no perjudica». Mucho más apropiado concluir «perjudica no intentarlo». Ya que, reflexionándolo bien, negar la existencia de un factor supremo es infinitamente más absurdo que negar la existencia del albañil que construyó la casa que nos protege de la intemperie, del ingeniero

**«La fe es una apuesta extraordinariamente ventajosa: si se gana, se gana todo; si se pierde, no se pierde nada que valga la pena salvar»**

**«El ateo se parece al niño recién nacido que, preguntado sobre sus orígenes, dijese: "¿Mi padre, mi madre? No existen"»**

que ha proyectado el coche que corre como una flecha y que en un momento desaparece en el horizonte, del Miguel Ángel que ha esculpido la *Piedad*.

El ateo se parece al niño recién nacido que, preguntado sobre sus orígenes, dijese: «¿Mi padre, mi madre? No existen. Nunca los encontré, nunca oí hablar de ellos; no sé qué rostro tienen ni tampoco qué voz... Me encontraron en un contenedor de basura, donde me he materializado así, por azar; entonces, yo soy hijo del azar...»

Por otro lado, hay personas solas que nunca han conocido a sus padres, que no saben dónde se encuentran o si están aún en este mundo, pero nadie, ni siquiera en estos casos especialmente desafortunados, se considera hijo del azar. El ateo se parece a aquel señor que, despertándose una mañana y viendo en su mesita de noche una taza de café humeante, en lugar de preguntarse sencillamente quién tuvo la amabilidad de poner para él aquella taza en la mesita de noche, se pregunta cómo ha podido esta materializarse justamente allí, al lado de su cama.

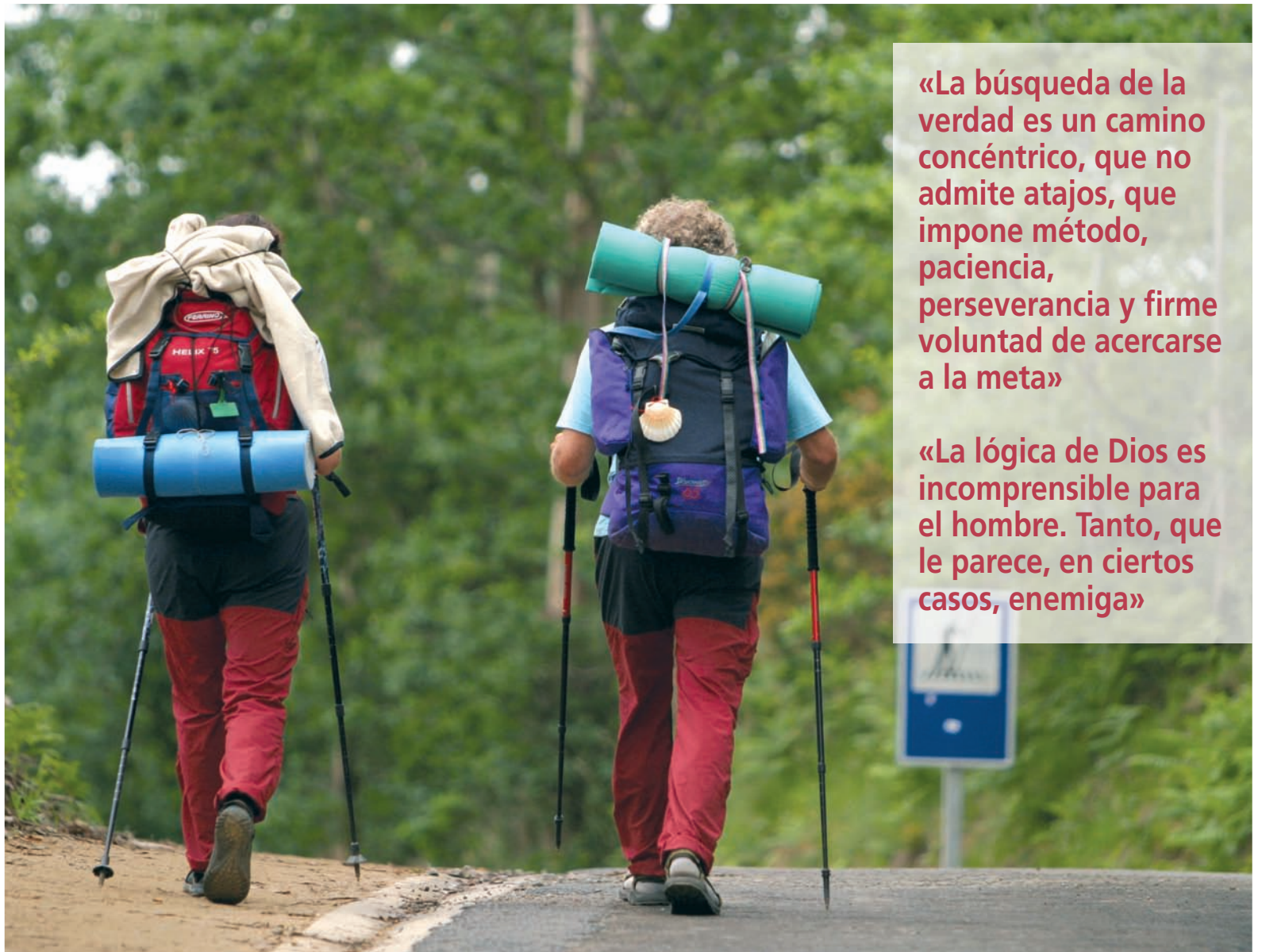
Nadie podría creer nunca en un prodigio del azar, incluso si resultara inútil cualquier intento de averiguar quién, durante el sueño, haya podido entrar en su cuarto y salir dejando, como única pista, su gesto de generosidad.

Y al margen de eso, ¿cuántas cosas escapan de la capacidad de nuestros miserables sentidos: las ondas de radio, que nuestros oídos no pueden oír, existen; los microorganismos, que nuestros ojos no pueden ver y que no se pueden percibir con el tacto, existen... ¿Y cuántos otros elementos, que el hombre no conoce o no sabe explicar, existen e incluso escapan al control y al juicio de la mente humana, que intenta dar explicación sobre el origen del universo a través de sus irrisorias facultades?

Encadenado en la cárcel del cuerpo, distraído, confuso por las leyes que regulan este mundo, el ser humano se encuentra buscando cada día, a la desesperada, el sentido de la vida y, como consecuencia lógica, un propósito, una meta, una dirección; pero las respuestas que busca, no están, desgraciadamente, al alcance de su intelecto. Debe tener paciencia y constancia. Debe buscar apasionadamente la verdad, dispuesto a gastarse y pagar cualquier precio con tal de encontrarla.

Al final, el que busca, encuentra; y el que encuentra, en este caso, encuentra siempre. Encuentra una felicidad que nunca se desvanece. Puesto que el propósito de todos es alcanzar la felicidad, quien, con humildad, la busca y a través de los caminos del corazón la encuentra, descubre al mismo tiempo el sentido, la finalidad primera y única de la existencia humana.

Buscar al padre y esperar encontrarlo significa comprometerse a fondo en una búsqueda espasmódica del amor; y



«La búsqueda de la verdad es un camino concéntrico, que no admite atajos, que impone método, paciencia, perseverancia y firme voluntad de acercarse a la meta»

«La lógica de Dios es incomprendible para el hombre. Tanto, que le parece, en ciertos casos, enemiga»

el amor, ya se sabe, escapa al control de la razón; es más, el amor se burla de la razón, cuando ella cree poderlo dominar, y va directo al corazón, de donde ha surgido el grito de invocación.

El recién nacido, peregrino, que da sus primeros pasos en el camino de su vida terrena, no sabe nada de este mundo, no conoce a su padre y a su madre: siente la necesidad de comer, inconscientemente se acurruca en el seno materno y allí, enseguida, descubre el amor: un amor desbordante, total, hacia quien le ha dado la vida y le procura cuidados y calor. Antes incluso de que su aparato vocal le permita pronunciar las primeras, maravillosas, palabras, esa pequeña criatura ama. Ama a su madre y a su padre, los busca, se fía completamente de ellos y es feliz. ¿Tan distinta es la condición del hombre en relación con Aquel que creó la vida y el universo entero? El que tenga oídos que oiga...

Y a quien no quiera entender, ¿qué se le puede decir?

El hombre que se cree hijo del azar vive, de manera más o menos consciente, el ansia del tiempo que transcurre e inexorablemente conduce a la vejez, la enfermedad y muerte. De alguna manera: se impone una moral, juzga, dicta sentencia...

De manera parecida al Dios que se empeñan en negar, obedeciendo dócilmente al grito de la especie y de sus misteriosos designios, también engendran hijos: seres humanos, que en su visión del mundo son, como él, pobres hijos del azar, condenados a una vida llena de tribulaciones, que terminará, tarde o temprano, sin ninguna esperanza, en el trágico suceso de la muerte. Y esto a pesar de que confían en el amor de sus padres, porque olvidan que ellos son la

## Netejant, posem tots els sentits.



## I ajudant als altres, també.



Després de 25 anys, LUNET és molt més que una empresa de neteja: som el partner de confiança en facility services dels nostres clients. Els oferim fins a 6 serveis diferents: **Neteja, D+D+D, Serveis Auxiliars, Jardineria, Manteniment** i, ara també, **Càtering**. I tot de forma totalment personalitzada i propra. Per això, netejant posem tots els sentits. I ajudant als altres, també. Perquè des de LUNET SOLIDARI contribuïm a netejar el món de pobresa, malalties, marginació... donant suport a projectes promoguts pels nostres clients, amb qui compartim valors. Si també vols ajudar entra a [www.lunet.es](http://www.lunet.es) o [www.caritasbcn.org/ca/](http://www.caritasbcn.org/ca/). Gràcies!

En col·laboració amb  **Caritas**  **amigos de rimkieta**  
Un NO per a ningú.

**NOVA ADREÇA**  
Carrer Can Pi, 17 3r (Abans Carretera antiga del Prat)  
08908 l'Hospitalet de Llobregat (BARCELONA)



causa de su drama terreno.

Lo difícil de entender es qué antiguo principio de la lógica o de la moral gobierna estos comportamientos. De la misma forma que es difícil entender la razón que impulsa al ateo a hacer prosélitos: es fácil de explicar el deseo de los que quieren transmitir su optimismo, su confianza en el futuro, la esperanza que ilumina el camino de cada uno de nosotros... Hay algo misteriosamente siniestro en la conducta de quienes destinan sus mejores energías en difundir una visión del mundo y de la vida humana que arranca de raíz todo lo bello y bueno que florece espontáneamente en el corazón de los hombres.

Ellos están, inevitablemente, llamados a elegir entre el bien y el mal: libres de actuar, de pensar, de juzgar, de decidir, de construir, o de destruir; libres en todo, pero obligados a elegir entre el bien y el mal. ¿Qué hacer entonces?

Es urgente, en primer lugar, distinguir lo bueno de lo malo, quitarles las máscaras, los adornos, las cargas causadas por malentendidos de lenguaje... Y luego avanzar tenazmente hacia la luz.

La felicidad es el sumo bien; el mal extremo es todo lo contrario.

Quien guarda en el corazón la esperanza es feliz; quien la pierde, cae en la desesperación, que es el peor de los males. La conclusión es sencilla: quien siembra esperanza hace el bien, quien siembra desesperación, hace el mal. De la misma manera: quien induce a la fe, crea una esperanza duradera, la esperanza que hace felices; quien induce al ateísmo, elimina la esperanza, y por tanto genera desesperación, infelicidad. La vida es un hecho evidente e incontestable; el deseo de conocer al padre, al creador, es natural y justo. Postular su inexistencia *a priori* significa renunciar a dar un sentido preciso a la vida, reduciendo este maravilloso misterio presente en el universo a un triste, o como mínimo improbable, incluso probablemente imposible, accidente entre los elementos primordiales presentes en el abismo de la nada sin razón, sin explicación alguna, por voluntad de nadie...

Prisionero en los confines insalvables del tiempo y del espacio, el hombre se parece a un polluelo que dentro del huevo espera el momento de romper la cáscara y descubrir otro mundo, que tiene leyes y coordenadas completamente diferentes. Sin embargo, a este



«Incluso nuestra pobremente, que naufraga en este mar, que poco o nada sabe de él, comprende que este mar existe y que nosotros somos parte de él»

«El amor se burla de la razón, cuando ella cree poderlo dominar, y va directo al corazón»

pequeño ser, insignificante polvo de estrellas, se le ha dado a entender que no existe el reloj sin el relojero; que no hay obra de ingeniería sin ingeniero; que no hay efecto sin causa; que no

hay causa sin ley; que no hay ley sin legislador; y esto debería ser suficiente para concluir a favor de una esperanza que por los caminos del corazón se convierte rápidamente en una certeza: la certeza de que no habría existido vida sin Dios.

Debido a la propia naturaleza, frágil, inconstante, inclinada a la desobediencia y a la traición, el hombre se ve obligado a vivir, como hemos dicho, eligiendo en cada momento entre el bien y el mal; entre el bien, que es siempre hijo del bien; y el mal, que es siempre y solo hijo del mal; entre el bien, que nace y nos es dado en el amor; y el mal, que es fruto del odio.

El bien tiene por finalidad purificar el alma humana y restablecer en ella el don supremo de la felicidad perdida. En cambio, el objetivo del mal es contaminar el alma humana, envenenarla y sumergirla en la duda, y tarde o temprano en la desesperación.

Los objetivos del mal son, naturalmente, mucho más fáciles de lograr, porque el bien está en el mal, de la misma manera que el construir está en el destruir; el error en la verdad, o el placer pasajero del ocio en la satisfacción honesto y duradera de trabajo...

El mal es hijo del mal y padre de la duda: no de aquella duda sana que alimenta el pensamiento y hace vacilar cada certeza humana, sino más bien de la terrible duda que ensombrece aquella parte del intelecto humano que va hacia al corazón y que permite al hombre fascinarse, enamorarse, caer de rodillas ante las maravillas de la naturaleza, de la cual forma parte.

Por lo tanto, la finalidad del mal es la duda mortal.

La finalidad del mal es insinuar al oído del hombre la fórmula falsa y venenosa: «Si existo yo, ¡Dios no puede existir! Porque si Dios existiese y fuese de verdad omnipotente, no consentiría que yo, el mal, se extendiera entre los hombres, provocando lágrimas y sangre, dolor y decepción...»

La tentación de ceder a este razonamiento es fortísima, porque la naturaleza del hombre es, trágicamente, limitada y débil.

Es verdad que Dios permite el mal, de la misma forma que un buen padre de familia permite que su hijo sea amonestado, severamente castigado, que experimente el rigor, el cansancio, el sacrificio, para que se fortalezca y se convierta en un hombre recto, valiente y voluntarioso. Además, el muchacho no duda del amor de su padre, incluso en aquellos casos en los que se siente abandonado. ¿Por qué debería, entonces, el hombre dudar del amor de Dios cuando no encuentra explicación a los problemas que lo afligen? ¿No tiene Dios toda la eternidad para explicar a sus hijos la lógica y las leyes con las que gobierna el universo entero?

El buen Dios es como un libro precioso que está ahí, escondido en medio de miles de otros volúmenes delicadamente encuadernados, cuidadosamente alineados para ofrecer una buena imagen, pero carentes de toda profundidad y valor artístico.

Ese libro está ahí, disponible, inmenso en contenidos, utilidad, claridad, rectitud de intenciones... Solo hay que buscarlo; solo hay que querer encontrarlo, querer leerlo, asimilarlo. Modestamente encuadernado, no cuenta con llamativos títulos en su cubierta, ni con firmas destacadas. Las páginas son pocas, escritas con la simplicidad de un niño, escritas de manera que todo el mundo pueda entenderlas.

Entender estas páginas significa, en definitiva, entender la voluntad de Dios. No significa entender a Dios, porque Dios, en su grandeza es, obviamente, incomprendible para el hombre. Sería más fácil para el polluelo, aún cerrado en la cáscara del huevo del que va a salir, entender el mecanismo por el que fue concebido y conocer, incluso antes de hacer experiencia directa, a sus padres. Sería, sin duda, más fácil todo esto que para el hombre abrazar con su mente las razones y los mecanismos de la creación y conocer a Aquel por quien todo fue hecho.

\*Reflexión elaborada por Andrea Bocelli que publica ahora en primicia el semanario «Catalunya Cristiana»

## EL MUNDO DE LAS HERENCIAS

«En el Bufete Rojas trabajamos para que cuando llegue el día en que ya no estés, tu familia pueda permanecer unida y que todo lo que te ha costado tanto acumular en vida, no sea motivo para dividirla cuando faltes.



Un buen testamento, bien explicado, con mucho amor y cariño puede ayudar a que este trámite tan doloroso pueda ser un poquito más fácil. »

**Bufete Rojas**

ABOGADAS ESPECIALISTAS EN HERENCIAS

TÉLFONO 93 246 60 96 / 93 265 89 22 CONTACTO mariaelbarojas@bufeterojas.es WWW.BUFETEROJAS.ES